

Pedro Adrián Zuluaga (2020). *Todas las cosas y ninguna. En busca de Fernando Molano Vargas*. Editorial Planeta Colombiana. 205 páginas.

Recibido: 17 de mayo de 2021 / Aceptado: 24 de mayo de 2021

«¿Vi yo en él, cuando aún no era, y ve él en mí, cuando ya no es?» con este verso del reconocido poeta cubano Eliseo Diego, Pedro Adrián Zuluaga aclara desde las primeras páginas del libro, una de las principales razones que alimentan este recorrido en la vida y en la obra de Fernando Molano Vargas que es *Todas las cosas y ninguna*: una mirada y unas vivencias en las cuales se ven reflejadas las propias, las del biógrafo.

Si algo especial tiene la buena literatura es que logra reflejar en sus historias, en sus estructuras sintácticas, en la cuidadosa elección del vocabulario y en su capacidad de abstracción, a más de una generación de lectores y lectoras. Es este el caso de Fernando Molano Vargas. Zuluaga no se limita a ser un biógrafo oficial y distante de un escritor de culto, muerto muy joven y autor de tres obras reconocidas y populares, sino que teje una serie de hilos, que gradualmente se hacen más fuertes entre su vida personal y la del autor objeto de análisis.

*Todas las cosas y ninguna* es la digna conclusión de un proyecto editorial de reedición del trabajo de Fernando Molano por parte de la editorial Planeta, del cual Zuluaga formó parte en calidad de prologuista de *Un beso de Dick*, el debut literario de Molano Vargas con el cual ganó el Premio de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín en 1992. La iniciativa tenía como objetivo atender las demandas cada vez más urgentes de un público potencial de las obras de Molano, que luchaba por encontrar las ediciones antiguas del poemario *Todas mis cosas en tus bolsillos*, de la novela póstuma *Vista desde una acera* y obviamente, del trabajo que lo hizo famoso. Se trataba de colmar un vacío, una ausencia, que no era simplemente comercial sino, sobre todo, cultural, y rendir un homenaje diligente a una figura relevante de las letras colombianas que había pasado por un largo periodo de semiclandestinidad.

En su búsqueda de Fernando Molano Vargas, Zuluaga traza geografías de afectos de la ciudad de Bogotá, a partir de la memoria y de los libros del escritor: «Memorabilia de lugares y objetos» (2020, p. 75), dirá entre las páginas de la biografía, y se mueve en esas «elecciones y afinidades afectivas» (2020, p. 64) que marcaron la publicación de la obra de Molano, en esos «lazos de amistad» que conformaron la «política del afecto» (2020, p. 64) que marcó la vida profesional y privada del escritor. Una producción literaria que tuvo que enfrentar desde el principio ciertos tabúes, pudores y una homofobia no declarada que hicieron que la primera obra circulara durante un tiempo en fotocopias o en ejemplares no tan accesibles a la mirada pública. A eso se sumaban las vicisitudes y los altibajos de su vida.

La edición del impactante poemario fue, por ejemplo, una verdadera lucha contra el tiempo. Y con la muerte. Una lucha que fue posible ganar gracias al trabajo atento de Héctor Abad Faciolince y de su revista en la Universidad de Antioquia. La labor conjunta de varias personas del equipo editorial de ese entonces, permitió que Molano lograra ver su libro publicado antes de que el SIDA se lo llevara poco tiempo después, a los 36 años.

Esta obra poética se puede leer por lo tanto, en concordancia con Carolina Sanín, como el testigo de una doble ausencia: la de Diego, el amor del autor, que se esconde detrás de algunos versos, y la del escritor mismo que se acerca al inminente vacío del fin de la vida. A pesar del momento trágico, Molano Vargas nunca tuvo una actitud de víctima hacia la muerte, así como nos recuerda puntualmente Pedro Adrián Zuluaga en *Todas las cosas y ninguna*: «Habré muerto porque soy un hombre. Porque soy mortal, quiero decir. Simplemente» (1997, p. 66). La muerte como componente inevitable del ciclo de la vida, del estado de ser humanos y por lo tanto finitos por su propia naturaleza. La enfermedad causada por el virus del VIH fue un tema tratado ampliamente por los escritores homosexuales entre los años ochenta y noventa del siglo pasado en ambos lados del charco, y es, por su contundencia, uno de los aspectos que acerca la vida del escritor bogotano a la de su biógrafo que describe su propia condición de seropositivo utilizando un lenguaje muy sincero y directo:

Dos de los hombres de los que me enamoré en esos años noventa eran seropositivos, y no tenía duda de que un día, más temprano que tarde, también yo lo sería. La enfermedad era como ese fantasma que me hacía falta para completar cualquier relación; no creo que fuera por la enfermedad en sí, sino por el deseo arrogante de merecer como diría Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas*, una ciudadanía más cara. Quería vivir el heroísmo de la enfermedad, probar las últimas cosas con solemnidad y grandeza. (2020, p. 69)

Estas palabras en equilibrio entre autoafirmación y autodestrucción, se acercan a cierta escritura tanática, como afirma Carlos José Restrepo en relación a la obra de Fernando Molano Vargas (2020, p. 69), o a las que Berger Angvick define como tanatografías (2006, p. 39), basándose en las teorías de Jacques Derrida, para referirse, entre otros casos, a la literatura de los cubanos Reinaldo Arenas y Severo Sarduy, ambos víctimas del SIDA a principios de los años noventa, cuando esta enfermedad estaba conectada con metáforas bélicas o al amplio espectro de lo monstruoso y de lo abyecto.

En un contexto literario que intentaba liberarse del tema de la culpa, del pecado, de unas sociedades conservadoras y moralizadoras, uno de los aspectos más innovadores de la escritura de Molano detectados por Zuluaga, en relación a los otros autores de la época, es sin duda haber puesto el acento en el aspecto sentimental de la relación entre dos jóvenes hombres. Un aspecto, según el biógrafo, casi totalmente desapercibido en la literatura latinoamericana homosexual de las dos últimas décadas del siglo XX. El final trágico, el contexto marginal o el énfasis en la promiscuidad de los personajes literarios de Reinaldo Arenas a Mario Bellatín, de Cyril Collard a Hervé Guibert, de Néstor Perlongher a Pedro Lemebel no dejaban mucho espacio para el romanticismo o los proyectos de una vida de dos.

Las sociedades de la época alimentaban sus prejuicios con los clichés propuestos por los medios de comunicación de masas y con ellos armaban sus discursos de odio y discriminación dirigidos a la comunidad LGBTQ+ o a otras minorías que fueron incluidas por los media estadounidenses en el grupo de las «4H disease», basándose en la creencia, homofóbica y racista, de que se tratara de una patología típica de los consumidores de heroína («Heroin users» en inglés), homosexuales («homosexuals»), hemofílicos («hemophiliacs») y finalmente de los inmigrantes de Haití («Haitians»).

En aquella época la correlación entre SIDA y homosexualidad en particular estaba tan profundamente arraigada que se acuñó el acrónimo GRID («Gay-related immune deficiency»), para indicar tal patología, sustituido por el actual solamente en 1984.

El SIDA se llevó antes que a Fernando Molano, al amor de su vida, Diego (Hugo Molina), un muchacho que con él compartió su pertenencia a la clase trabajadora, los sueños de tener un trabajo digno y querer vivir su vida gay al máximo en la capital de un país que, según el estudioso antioqueño, en los años noventa «había abierto los ojos a una traumática modernización: la del narcotráfico, la de la guerra, la del capitalismo neoliberal» (2020, p. 177). Diego es «la nada que llena el encuadre» (2020, p. 18) y es el epicentro de la geografía bogotana desde donde toma forma la «Ruta del deseo» (2020, p. 149) que Pedro Adrián Zuluaga reconstruye con mucha competencia y seguridad en la biografía: lugares emblemáticos como el Parque de la Independencia, el Planetario, el Parque Nacional y la Cafetería Santamaría, los billares y el Cine Palermo (2020, p. 95). Desde su entierro, a la sombra de un árbol en el Parque Nacional, comienza el viaje en la ciudad que vio el nacimiento, el florecimiento y el fin del amor de los dos muchachos inmortalizado en la frase que abre *Un beso de Dick*: «Hoy es lunes, Hugo. Y usted murió hace cuatro años. ¡Cuatro años ya, pelotudo!» (2002, p. 13). Toda la literatura de Molano Vargas es, para utilizar las palabras de Carolina Sanín en el prólogo de *Todas mis cosas en tus bolsillos*, «un conjunto de vestigios e invocaciones del amor a un ausente, y están escritos al filo de la propia ausencia» (2019, p. 10).

La simbología del árbol está muy presente en el imaginario de Molano Vargas, tanto que su biógrafo decidió titular el primer capítulo de la biografía: «Dos árboles», en relación con la historia de Molano y Hugo y de su vínculo que cruza la línea del tiempo con la de Filemón y Baucis del libro octavo de las *Metamorfosis* de Ovidio. Fue debajo de un árbol del Parque Nacional de Bogotá que en 1992 Fernando Molano Vargas, enterró las cenizas de su amado, ese «polvo enamorado» del *Amor constante más allá de la muerte* de Francisco de Quevedo, en recuerdo de los momentos que habían compartido, protegidos por su sombra y por ser el símbolo de su amor. Un árbol-cuerpo como el de los dos ancianos de Frigia, donde «la gente fuera a traficar amor» (2020, p. 25) pero que sin embargo, aún permanece envuelto en un cierto misterio, debido al hecho de que se desconoce su ubicación exacta. A pesar de la investigación en profundidad y las numerosas entrevistas concedidas a Zuluaga, todo rastro de ese lugar parece haberse perdido. Probablemente se refería a casos como este cuando afirmaba que «como biógrafo se convertía en detective en busca de un indicio que nos lleve a una verdad» (2020, p. 112). Ese intento de autenticidad se complica y se torna aún más interesante si se entrecruzan los planes como en *Todas las cosas y ninguna* en el que la biografía esta en diálogo abierto con elementos claramente autobiográficos del biógrafo y con una investigación y un análisis certero y riguroso de los contenidos analizados. El trabajo de Zuluaga se sitúa principalmente, según sus palabras, en el ámbito de la elegía, basada en una consonancia de experiencias, que se vuelve encarnación: «lo que si es cierto, o en lo que creo con firmeza, es que lo que un hombre sintió puede ser entendido por otro, que cada uno es todos los hombres. Y que yo, entonces, soy o me volví Fernando (...) para escribir esta elegía» (20). Hermandad en la vivencia en carne viva, en carne propia.

La autoficción y el deseo son los ejes del discurso de Zuluaga y de Molano y son las claves a través de las cuales «el destino de todo escritor se cumple» y se vuelve uno con el lector, hasta que este también se vuelva autor (2020, p. 103). Cuando se verifica ese proceso de «transfert psicológico» que permite que quien lea no solo se reconozca en la narración, sino que se involucre en ella, tanto que se genera la necesidad de contar la propia historia, estamos ante una palabra generativa que se antepone al silencio de la muerte del autor. Es una herencia literaria que se siembra para las generaciones futuras.

Héctor Abad Faciolince en algunas entrevistas declaró que llegó a reconocerse y a ser reconocido como escritor cuando escribió la historia de su padre. El elemento vivencial, testimonial que el reconoce en la obra de Molano en

el video de *Hay un autor* de Marieth Helena Serrato Castro, la hace pionera en el ámbito de la literatura colombiana como un ejercicio literario que inauguró «un género testimonial de novelas vivenciales, sufridas y vividas, que ayudan a entender y a volver más compasivos a los lectores» (2018).

La fuerza de la experiencia con su carga sentimental y vivencial, brinda a la obra literaria esa autenticidad, esa apariencia de realidad, que provoca empatía en quien lee, creando una conexión inmediata piel a piel con la historia que se cuenta. A partir de ese momento, las costuras de la narración, las técnicas narrativas y las teorías literarias desaparecen de los ojos de quien lee. La supuesta realidad se ha apoderado de la ficción literaria, el pacto autobiográfico de Philippe Lejeune se cumple en todos sus propósitos primarios y la línea que separa el autor/a del narrador/a se vuelve cada vez más sutil. Algo parecido a lo que Molano Vargas detectó en la escritura del literato cartagenero Roberto Burgos Cantor al reseñar su *El vuelo de la paloma* (1992): «Lo que al leer, quizá, realmente nos interesa, y no porque lo busquemos sino porque ella sencillamente nos llama, es la porción de conciencia, de humanidad, que el primero va dejando en la voz del segundo: mientras escribe» (2020, p. 31).

Pedro Adrián Zuluaga recoge el mandato de Molano, la carga moral y transgresora de sus escritos, el deseo que anima sus páginas y los traslada a la biografía, restituyéndonos un retrato vivo y vibrante del escritor bogotano, en plena sintonía con las que Paola Zaccaria, en referencia a la obra de Gloria Anzaldúa define como nuevas escrituras personales o «autohistorias», las que: «no hacen parte de la ideología dominante y por las cuales la construcción del ser se presenta como una incesante negociación y derrumbamiento tanto de estereotipos ofertados por la cultura dominante que de los de la minoría a la cual pertenece» (2000, p. 14). De esta forma la escritura puede devenir un «medio de resistencia y de contra discurso, un espacio para la producción de aquel exceso que cuestiona la coherencia y el poder de una historiografía monopolizadora» (2000, p. 14).

Nos parece que esta definición se acerque a la manera de sentir y vivir su obra y su identidad homosexual de Molano según como la presenta Pedro Adrián Zuluaga. Si por un lado el escritor bogotano no quería que su libro fuera interpretado como una «novela de maricas» por el otro lado se propone escribir un ensayo proponiendo una «libertad de culos» para que «los muchachos pudieran amarse sin que le reprocharan o sin sentir vergüenza» (2020, p. 30).

*Un beso de Dick*, según el estudioso antioqueño, «empieza a formular un vocabulario para la pasión homoerótica y de los rituales de seducción típicos de una relación romántica heterosexual» (2020, p. 49). La que Silvio Lang terminará definiendo como una «teoría sentimental marica» (2020, p. 50). Bajo ciertas características, el texto en cuestión se acerca a la definición que Roland Barthes dio de «textos de gozo o de placer» refiriéndose a esa escrituras similares a «ese instante insostenible, imposible, puramente novelesco que el libertino gusta al término de una ardua maquinación haciendo cortar la cuerda que lo tiene suspendido en el momento mismo del goce» (1974, p. 15-16)

El escritor cubano Severo Sarduy hace coincidir el proceso de escritura y la de lectura con el placer erótico, poniéndose el objetivo de crear una reacción física en quien lee, estimular todos sus sentidos y desafiar las reglas del juego social. En una entrevista de Joaquín Soler Serrano, para el Programa *A Fondo* de la televisión española TVE, afirmaba que:

Quizás lo que yo he tratado de hacer es comunicar un placer físico muy grande en la lectura. Yo quisiera que el lector mío se encontrara en un estado prácticamente de placer sexual, es decir, que el placer que yo le comunico no es un placer intelectual -en definitiva, poco importa si yo le comunico un relato o no-. No se trata en lo más mínimo de contar una historia, se trata de ponerlo en una situación física muy parecida a la del amor, muy sexualizada, y además, se trata de invadir su cuerpo, no solo en la cabeza sino en su totalidad. Tal como yo escribo. Yo no escribo con la cabeza, yo creo que yo escribo con la totalidad del cuerpo. Yo creo que en definitiva lo que pasa a la mano [...] es una energía que viene del sexo. [...] Hay mucho músculo en lo que yo hago y pretendo que el lector sea captado por este aspecto puramente físico. Por este placer sexual. Lo que yo lo invito no es a que me lea, sino [...] que haga el amor conmigo. [...] La palabra se hace cuerpo y el cuerpo mío se hace palabra. (Sarduy, 1978)

Es por el deseo que Molano Vargas llega a la lectura, y es a partir del deseo que se expresa su búsqueda de autenticidad (2020, p.187). Para que ese proceso se cumpla plenamente, nos recuerda Zuluaga citándolo, se necesita romper con los valores heredados, cargados de conformismo e hipocresía (2020, p. 169).

La obra de Fernando Molano Vargas se plantea «transformar el mundo con su imaginación, erotizarlo con su deseo, cambiarlo con su voluntad» (2020, p. 127) y lo hace siguiendo el camino de Sarduy: «erotizar el poema o, más exactamente, erotizar la experiencia de la lectura», porque «cuando a uno le gusta un poema sin entenderlo es como cuando se ama a alguien sin saber por qué» (2020, p. 125).

El camino para un cambio real pasa por las calles, las aceras, las esquinas (como en *La esquina es mi corazón* de Pedro Lemebel), los cuartos y las «habitaciones propias» desde las cuales salir al mundo y volver a ellas para reencontrarlo en la escritura. De eso parece tratar la trayectoria de vida de Molano Vargas, afirma Zuluaga: «de perder ese primer cuarto, y de intentar recuperarlo: un lugar para ser uno mismo, lejos del comercio del mundo que impone sus reglas y que demanda sumisión, docilidad, deshonestidad» (2020, p. 80).

Probablemente tenga razón Pedro Adrián Zuluaga, en busca de Fernando Molano Vargas cuando afirma que «so- mos más geografía que psicología» (2020, p. 81).

## Referencias citadas

- Angvik, B. (2006). Arenas, Sarduy: sida y tanatografía. En D. Inghenshey (ed.), *Desde aceras opuestas: Literatura/cultura gay y lesbiana en Latinoamérica*. Vervuert Iberoamericana.
- Barthes, R. (1974). *El placer del texto*. Siglo veintiuno editores.
- Lang, S. (2017, 7 de abril) *Los amores imaginarios*, pp.12. <https://bit.ly/3vncHHY>
- Lemebel, P. (2019). *La esquina es mi corazón*. Seix Barral.
- Lejeune, J. (1994) *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Megazul-Endymion Eds.
- Molano Vargas, F. (2002). *Un beso de Dick*. Ediciones Istmo.
- (2018). *Vista desde una acera*. Seix Barral.
- (2019). *Todas mis cosas en tus bolsillos*. Seix Barral.
- Ovidio (2011). *Metamorfosis*. Editorial Austral.
- Quevedo, F. (2000). Amor constante más allá de la muerte. En *Antología de poetas castellanos*. Editorial Océano.
- Sanín, C. (2019). Poemas de un amor. F. En Molano Vargas, *Todas mis cosas en tus bolsillos* (pp. 9-16). Seix Barral.
- Sarduy, S. (1978). *Severo Sarduy A Fondo. Edición completa y restaurada*. [video]. YouTube. <https://bit.ly/3iBB8yA>
- Serrato Castro, M. H. (2018). *Hay un autor: Fernando Molano Vargas*. Maestría en Literatura. [video]. YouTube. <https://bit.ly/2U6x3bt>
- Zaccaria, P. (2000). Prólogo. En G. Anzaldúa, *Borderlands/La frontera*. Palomar Eds.

Massimiliano Carta  
Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia.  
Email: [mcarta@uninorte.edu.co](mailto:mcarta@uninorte.edu.co)  
OCID: <https://orcid.org/0000-0002-4318-6875>